

# DE LOCKHART A MERCIER

**N**O por decir la última palabra (siempre estará al decir), sino porque callar sería conceder más de lo que puedo, debo agregar aquí algunas puntualizaciones a la respuesta que me dedica Lucien Mercier bajo el título de "Sobre obscenidad y otras yerbas".

En verdad tenía yo por qué quedarme satisfecho con su reconocimiento de que su frase "carne y espíritu son una misma cosa" es, "quizá", poco satisfactoria desde un punto de vista estrictamente filosófico, y de que sólo se trataba (acabáramos) de reflexiones "improvisadas". Pero me cuesta admitir, aun cuando no pensara yo en considerar su artículo como un "ensayo filosófico", que afirmaciones tan contundentes — y no tan atenuadas por el contexto, como dice— puedan excusarse diciendo, sí, "ya sé" (usted lo sabía, Mercier, pero nosotros no teníamos por qué saber que usted lo sabía), para agregar que si hubiera escrito en serio (1) no lo habría dicho así. La afirmación no era tan baladí como para excusarla por la ocasión, no tan menor, en que se usara. Y de aquí en adelante habrá que preguntarle a Mercier si habla en serio, o si dice cosas tan radicales y rotundas debido al descuido de una improvisación. No me disgustan las polémicas, pero las payasadas sólo las concibo como diversión para quienes las escuchan.

Por otra parte, saco la conclusión, recién ahora, de que así como Mercier, cuando habla en serio, no parece discrepar conmigo esencialmente sobre lo que debe entenderse por espíritu y carne, es de advertir que su preocupación, diría casi hasta su fobia, se orienta hacia los más etéreos y rezagados de los "espiritualistas" (entre los cuales me incluye en base a presunciones infundadas), hacia esa penosa hipocresía que insiste en dividir la humanidad en puros y en corruptos. Esa fobia, que comparto en líneas generales (aunque la creo extemporánea, con medio siglo de retraso respecto a sus naturales destinatarios), lo lleva demasiado lejos, y determina que, por reacción, le esté haciendo el caldo gordo a una fauna, ésta sí prolífica y actual, que tiende a desconocer toda actitud que no se reduzca estrictamente a sexo y hambre, (2) a eso que Mercier llama, con expresión demasiado decisiva, las bases "reales" del amor. Hay un claro exceso de materialismo freudiano en su posición (narcisismo, masturbación, incesto, etc.), sobre lo cual no es del caso ahora discutir. Pero quede bien en claro que no considero a Mercier un peligro para la higiene pública; al contrario (y no sé si aceptará esta amabilidad condicionada): mientras no se ponga a improvisar en temas tan importantes y no se parezca demasiado contra pudibundeces actualmente tal raleadas, creo que puede ayudar a detectar y a combatir esos peligros más efectivos y ubicuos que aduce advertir en los films de Sarita Montiel. Es evidente que hoy en día el cinismo ofrece un frente mucho más temible que la hipocresía, (3) y que si en la hipocresía, al menos, el vicio le rinde homenaje a la virtud, en el cinismo se lo niega, con lo que se renuncia de tal modo, junto con la humildad, a toda posibilidad de superación.

En cuanto a su afirmación final de que "el erotismo no es demoníaco, pero la guerra sí lo es", da para hilar mucho y muy delgado. ¿Acaso el erotismo no incluye en sí, apenas se encierra en sí (y no estoy aquí descubriendo nada), una evidente carga de odio y agresividad? ¿Y acaso la guerra no es entendida por algunos como una expresión más pura (aunque más catastrófica) y hasta enaltecedora (si creemos a Scheler) de la agresividad. (4).

En fin: creo, sí, en "infiernos personales", pero no los radico en la "carne" como tal. "El enemigo está en uno mismo", como decía Saint-Exupéry. Y en uno mismo con todo lo que es, ni carne ni espíritu, sino (aquí de acuerdo con Mercier) como existencia que busca su significación esencial. Y no puedo menos que agregar, para terminar, que no creo (5) que a los niños les sienta bien ver a la madre fornicar, como no les sienta

blen la caña con fernet. Sé que está de moda y se considera timbre de modernidad censurar cualquier clase de censura y que alguien me quite hacer ingresar en consecuencia a la horrible secta de los atrabiliarios. Pero nuestra vida real está compuesta de mil censuras necesarias hasta para mirar el sol se usan lentes negros. Yo quisiera saber si alguien no se auto-censura de algún modo (?); si en sus actos, fiestas y palabras no se está midiendo de continuo. ¿Quién no lo hace? ¿Y acaso yo estoy "bien"? ¿Y acaso "la verdad" (esa verdad que no puede ser toda la verdad) puede ofrecérsela a los niños sin retaceos, sobre todo cuando los niños (8) no están en condiciones aún de asumir toda la verdad posible en ese plano? El tema da para muchísimo, por lo que tanto da cerrar precisamente aquí.

Washington Lockhart

## DE MERCIER A LOCKHART

1. "Si hubiera escrito en serio". Lo que carecería de seriedad, sería escribir una crónica de cine como se escribe un ensayo filosófico. Lo que no es serio, es confundir voluntariamente ambas cosas. Yo contaba en la inteligencia del lector para que sepa distinguirlas, sin que yo intente enseñárselo. En cuanto a las "payasadas", las hay más "serias" que muchos discursos pedantescos.

2. ¿Cuántas veces habrá que repetírle a WL que yo no "redundo" nada a nada? Para mí el sexo no es ninguna actitud elemental animal, groseramente biológica. El destino humano por entero está comprometido en él.

3. "Es evidente que hoy en día el cinismo ofrece un frente mucho más temible que la hipocresía". Esta es una "evidencia" que a mí no me convence. Pero tomo acta de que para WL la hipocresía, al contrario del cinismo, da lugar a una "posibilidad de superación".

4. El erotismo incluye una carga de agresividad... La guerra es agresividad... Ergo: el erotismo es guerra. Este silogismo no me parece muy serio. La guerra de los tanques es otra cosa que la "guerra de los sexos". Pero tomo nota de que para WL la guerra (y esta vez se trata de la guerra en el sentido corriente del término, en su aspecto "catastrófico") es preferible al erotismo por ser más "pura" y "enaltecedora". Si sospechaba en WL algunos rasgos de mentalidad reaccionaria, pero esta confesión suya va más allá de lo que yo temía.

5. "No creo que a los niños les sienta bien ver a la madre fornicar". Yo tampoco. En ninguna parte he dicho tal cosa. Felicité a Bergman por habernos mostrado (a nosotros, adultos) la realidad: una madre que no sea un ser asexual, y un niño que (como todos los niños reales) sabe que su madre no es asexual.

6. "Nuestra vida real está compuesta de mil censuras necesarias". Afirmación algo peligrosa! Se comienza por censurar al "vicio", y se termina quemando a Kafka.

7. "Quisiera saber si M. no se auto-censura de algún modo". Por lo menos, no pretendo censurar a los demás.

8. ¿Qué vienen a hacer los niños en todo esto? ¿Acaso toman WL a los espectadores de El Silencio y a los lectores de MARCHA por unos niños?

En resumidas cuentas, la última carta de WL me aporta una confirmación. Detrás de sus citas deformadas, de sus imprudentes "aclaraciones", se abren perspectivas inquietantes, se asoman (o lamento por WL algunas tendencias que a mí parece, hoy en día como hace medio siglo importante denunciar: la desconfianza de los hombres, el temor a la realidad, una "humildad" masoquista (o sádica) que se precipita al encuentro de todas las censuras, un "noble" puritanismo que condena al sexo pero exalta la guerra. No hay nada que agregar. Entre las distintas posiciones, el lector optará según su propio concepto de la verdad humana. — L.M.